

El arte de la apropiación

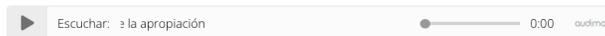


60 deliciosos ensayos sobre la traducción literaria componen **Escribir palabras ajenas** de Pablo Ingberg.



Carlos Schilling

Martes, 10 de diciembre de 2019 - 13:10 hs



Pensar que los problemas de la traducción les interesan sólo a los traductores sería como suponer que los problemas del corazón les interesan sólo a los cardiólogos. La traducción literaria, científica o filosófica es el principal vehículo de la transmisión de la cultura y de la civilización desde la antigua Roma hasta el presente. Y si bien los 60 deliciosos ensayos que componen **Escribir palabras ajenas** de Pablo Ingberg se enfocan casi exclusivamente en la traducción literaria (narrativa, poesía, teatro), no sería una traición (esa palabra que tanto ha rimado con traducción) deducir de sus reflexiones una especie de ética de la atención y de la amplitud de criterios. Es decir, una política de la variedad del mundo.

El adjetivo “delicioso” del párrafo anterior puede parecer una fácil concesión a la gastronomía. No lo es. Pretende describir de la manera más precisa posible una sensación de lectura: la de estar frente a una bandeja colmada de bocaditos irresistibles. Con un promedio de 600 palabras por ensayo, los textos logran provocar una verdadera adicción. El secreto está en la receta: estilo claro, erudición e inteligencia crítica. Y tal vez lo más importante: la predisposición a discutir incluso algunas ideas heredadas respecto de la traducción por más que estas provengan de las prácticas de un Borges o de un Cortázar, canónicos incluso fuera de la Argentina.

Ingberg es un traductor políglota: ha traducido del griego antiguo, del latín, del inglés, del francés y del italiano, nada menos que a autores como Safo, Sófocles, Virgilio, Shakespeare, Melville, Virginia Woolf, entre muchos otros. Sus conocimientos filológicos se manifiestan sin falso pudor y sin exhibicionismo en casi todas las páginas. Pero antes que autoridad académica, lo que transmite es confianza. Confianza en poder superar o, mejor dicho, ofrecer una tercera vía al dualismo entre la letra y el espíritu, que ha dominado el debate sobre la traducción casi desde sus orígenes.

En vez de proponer un decálogo, un criterio general o una fórmula aplicable a todos los casos, Ingberg prefiere declararse “informalista informalista” y se inclina por el caso por caso, en consonancia con la singularidad de cada texto literario. “Todo intento de sistematización general siempre será, según mi sesgo subjetivo, una simplificación que dejará afuera lo más literario de la literatura: el carácter inexorablemente único de todo gran hallazgo”.

En ese camino hacia la singularidad -que Ingberg ilustra con decenas de paradojas, contradicciones, ejemplos oportunos e incluso anécdotas personales- el libro va trazando a la vez un mapa de las discusiones sobre el tema y la zigzagueante línea de una biografía intelectual. De ese modo, **Escribir palabras ajenas** tiene algo de confesión velada (novelada, podría insinuarse) de alguien para quien la literatura es un estado de permanente extrañeza.

Escribir palabras ajenas (nota sobre traducción)

Pablo Ingberg

Eduvim